

DELINCUENCIA JUVENIL Y EDUCACIÓN FÍSICA

Iván Arturo Torres A.
Juan Carlos Ibarra*

Y así como no comprendemos por qué nuestros padres no se opusieron a la violencia con mayúscula que borró tanta gente del campo, así en el futuro nadie comprenderá por qué hemos permitido la desaparición de toda la juventud de nuestra propia cultura, sin dolor, como si fuesen gentes diferentes, extrañas a nuestros sentimientos

Víctor Gaviria

Mucho se ha hablado hasta ahora acerca del origen de la delincuencia juvenil en nuestro país hasta el punto que muchos afirman que ya estamos sobre diagnosticados al respecto. Sin embargo, compartimos la opinión de quienes afirman que los diagnósticos no están agotados. Por el contrario, nuestro país adolece de estudios profundos sobre el tema. Aún hay muchos aspectos sin descifrar. La sociedad y especialmente los jóvenes esperarnos los resultados que arrojen dichos estudios con la perspectiva de avanzar en la construcción de un futuro más alentador y promisorio.

El problema de la delincuencia juvenil es el producto del drama que vive la juventud colombiana. Pues, como afirma Ismael Ortiz¹, la imagen que se tiene de la juventud ha sido siempre ambigua y dictatorial. De una parte se dice ver en ella el futuro del país, los destinados a tomar las riendas del porvenir. De otra, se ven concentrados en ésta los peores vicios. Juventud en fin, es sinónimo de atrevimiento y mesura, de renovación y decadencia, de promesas y desesperanzas. De esta forma la delincuencia es sencillamente una respuesta de los jóvenes ante las presiones de la sociedad, la familia, la escuela, la iglesia, los medios de comunicación, etc. Es además una forma de expresar su rebeldía, su desacuerdo con el orden establecido, con las normas y valores socialmente "legitimados". Es también un canal para hacerse oír, para comunicar su inconformismo. Es en suma una forma de retaliación social por los atropellos que, ya sea por abuso u omisión, la sociedad ha cometido en contra de su estabilidad e integridad.

La sociedad toda se conmovió cuando empezaron a conocerse las edades de los sicarios que acabaron con la vida de jueces, ciudadanos comunes, policías o personajes de la vida nacional como José Antequera, Bernardo Jaramillo Ossa y Carlos Pizarro L. Nadie entendía cómo y en qué momento surgieron en las grandes ciudades pandillas de jóvenes y adolescentes dedicados al atraco y al robo y cómo algunos, se convirtieron luego, en bandas organizadas para el crimen y el asesinato por encargo. Entonces, no tardaron en levantarse las voces de quienes hablaban del "deterioro moral", de la "crisis de valores" que atacaba a la juventud. Nadie se podía explicar que un niño de 15 o 16 años tomara un arma y asesinara a otra persona. Sin embargo, este no es un fenómeno nuevo en nuestro país -como se trata de ver en algunas ocasiones-. Al estudiar el período conocido históricamente como *la violencia*, comprendido entre la década del cuarenta y cincuenta, vemos ya a niños adolescentes y jóvenes iniciados en la escuela del crimen. Frecuentemente se halla uno frente a muchachos de catorce o quince años que han asesinado a 10 o 20 personas. Muchos fueron antes "señaladores" de víctimas de las

* Estudiantes del Dpto de Educación Física. U.P.N.

¹ Ortiz Medina, Ismael, "La juventud en búsqueda de alternativas", en Rev. **FORO**, Ediciones Foro Nal. por Colombia, Bogotá, 1.990 pp. 8 7-90.

cuadrillas, y encuentra además, que en varias ocasiones eran los escolares quienes terminaban la labor de descuartizamiento de las víctimas, o servían de estafetas a las cuadrillas de bandoleros y bandidos².

Las causas se han centrado en una “crisis familiar” o en la “crisis de la escuela” (deserción escolar); en el vacío ético y moral existente; en la influencia de los medios masivos de comunicación; el consumo de drogas y bebidas embriagantes; en el surgimiento de una “cultura de la violencia”; relación con factores económicos: desempleo, alto costo de la vida, bajos salarios, déficit de vivienda (tugurios y marginalidad), en una inequitativa distribución de la riqueza y los altos requerimientos de la sociedad de consumo, entre otros. Si bien es cierto todos estos factores influyen en el desarrollo del fenómeno delincriminal, también es cierto que no se han emprendido en los niveles familiar, educativo, ni social, programas tendientes a generar nuevos espacios y formas de socialización, comunicación y expresión en los cuales los jóvenes encuentren medios alternativos que les permitan redescubrir su propio potencial y lograr el reconocimiento y el liderazgo social que reclaman.

Un factor estrechamente ligado al surgimiento del fenómeno delincriminal en nuestro país ha sido la falta de espacios y posibilidades lúdicas para la práctica del deporte socializado y la recreación debido a la ausencia total en nuestra sociedad de una “cultura del esparcimiento”. Desde años atrás encontramos que el grupo que ha soportado la presión máxima de la violencia ha carecido de posibilidades y costumbres lúdicas. Para el llanero jugar es acariciar la tragedia en hazañas de muerte; para el caldense significa unos dados, grama verde, ruana, naipe, fonda, es decir inmovilidad obligada, impuesta, antinatural; para el ‘planuno’ habitante de la llanura tolimense, unas horas de pesca en el río aperezado y confidente. En cuanto a la cultura paisa, así como ha sido rica verbalmente, aparece pobre en lo que a la lúdica y manejo del cuerpo se refiere. **Los pocos juegos conocidos como el tejo, el cucunubá y la rana se desarrollan, casi siempre en función de turbios ambientes de tienda o cantina y con bebidas embriagantes.** Bien lo ha descrito Germán Guzmán “puesto que el niño, el joven y el adolescente no han usado otros juegos que canalicen su necesidad fisiológica de movimiento, parece que han hallado en la violencia una compensación psíquica, casi irresistible hacia la aventura, la andanza, el asalto como sustitutos del juego y afirmación de su hombría”³.

Al revisar las entrevistas realizadas a jóvenes con problemas delincriminales es común escuchar frases como: “Es necesario tener buena condición física; que lo cojan a uno, pero que lo cojan en forma”; “éramos como cincuenta y nos reuníamos a jugar futbolito, teníamos peleas jugando, por cualquier cosa, que no tapaban un gol, peleas de defensa”; “el deporte, de lo que más hacíamos era correr y jugar fútbol”; “siempre fuimos juntos a la escuela y al colegio, por la tarde castigábamos los zapatos jugando futbolito en la calle”; “los principiantes son los más dedicados, se vuelven tan lacras, que no matan por plata sino por deporte”. En una escena de la película Rodrigo D “No Futuro”, vemos un grupo de niños adolescentes entrenándose durante la noche, en el parque, para luego ingresar a las bandas. Existe en ellos, una frase que traduce al vivo su estado de ánimo “ponerse eléctrico”, “ponerse pilas”, significa listo, todo ojos, todo oídos, para el asalto, el ataque o la marcha: como ocurriría en un intenso partido de fútbol. Al fin y al cabo ellos conciben la vida y su hacer cotidiano, como un desafío deportivo con la muerte⁴.

² GUZMAN CAMPOS, Germán, y otros, La violencia en Colombia, círculo de lectores, Bogotá 1988, pp. 280-282.

³ Ibid, pp. 282-283.

⁴ Idem. p. 284.

Es evidente que la actividad física juega en ellos un papel importante como preparación para realizar sus actividades con mayor agilidad y destreza. No en vano como lo muestra Alonso Salazar, los muchachos realizan cierta clase de rituales, toman sangre de gato que ha sido degollado anteriormente, con vino, esperando con ello adquirir las cualidades del animal: “sangre de gato que trepa muros, que salta con facilidad de una plancha a otra, que camina sobre sus almohadillas silenciosas por los filos de los tejados, que se escurre con facilidad entre las sombras de la noche, sangre felina que impulsa a saltar sobre la presa con destreza y seguridad”⁵. Cualidades físicas como la agilidad, la velocidad, la fuerza, la resistencia y habilidades como correr, saltar, golpear, deslizarse, trepar, etc, han cobrado en estos muchachos un valor fundamental en este encuentro con la muerte.

Una experiencia con muchachos con problemas de delincuencia realizada en Bogotá en la escuela de trabajo “El Redentor”⁶ durante 1990, brinda algunos elementos que permiten afirmar que la Educación Física puede y debe entrar a jugar un papel de vital importancia en cualquier programa de trabajo con jóvenes delincuentes. Esta disciplina en el contexto social tiene especial importancia para iniciar a la persona en el complejo mundo de las leyes, el respeto por los semejantes, la responsabilidad en la solución de problemas. Asimismo la estructuración de procesos mentales y la construcción de valores éticos, morales y sociales. De manera que la Educación Física es una forma insustituible de educación personal que se practica de acuerdo con las posibilidades y limitaciones de cada uno; que permite al hombre experimentarse a sí mismo; valorarse como ser humano; que le permite sentirse libre; dueño de sí mismo; autodecisor de una vida propia, no totalmente prevista, no totalmente planificada, abierta a la aventura y la sorpresa; favorece las relaciones con otros seres humanos y con el medio y con ellos decidir, actuar; es decir, educarnos para la vida⁷.

Es necesario al emprender un trabajo con estos jóvenes una ruptura con la tradicional relación maestro-alumno. El maestro no puede imponerse por ser el poseedor de un saber, ni imponer unos contenidos muchas veces desconectados del contexto cultural de los jóvenes. El joven ha de integrarse al grupo mediante un proceso de acción participativa. ganarse la confianza de los compañeros con su hacer cotidiano, con su honestidad y ética en el trabajo. Es necesario compenetrarse más a fondo con el mundo del joven, acercársele a entender sus percepciones y sus gustos para establecer afinidades con él, hacer de las sesiones de clase momentos en los que el muchacho se sienta libre, alegre, motivado y no obligado, ni violentado.

Es indispensable aclarar en principio cuál es el interés que se tiene por parte del maestro al emprender un trabajo con muchachos con problemas delincuenciales. En este trabajo pedagógico no pueden primar intereses de orden técnico, de eficiencia o rendimiento deportivo. El interés principal debe ser la autotransformación emancipadora de los muchachos.

La experiencia de trabajo en “El Redentor” ha mostrado que es posible a partir de la práctica de la Educación Física, avanzar en la construcción de actitudes y valores junto con los muchachos. No se trata de imponer mis valores” por ser los socialmente aceptados, pues el muchacho también tiene una serie de valores como la amistad, el

⁵ SALAZAR J, Alonso, No nacimos pa’ Semilla. Corporación Región, Cinep, Bogotá, 1990, pp. 23.

⁶ Institución del ICBF administrada por la comunidad Religiosa de los Terciarios Capuchinos encargada de la re-educación de jóvenes infractores.

⁷ GRACIA DIAZ, Álvaro, ¿Qué es la Educación Física? Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá 1989, pp 5-13.

compañerismo, el valor de la palabra, la solidaridad, la confianza en él, u otros que es necesario potenciar y redefinir.

A partir de consensos y nuevas formas de pensar la sociedad, debe examinarse el fenómeno de la delincuencia juvenil. Por ser tan complejo requiere de equipos interdisciplinarios para implementar una propuesta de Educación Alternativa. No se debe seguir atomizando el problema en la particularidad de cada disciplina. Se debe enfrentarlo en una forma más integral, de conjunto. Es urgente. Los muchachos y las comunidades lo reclaman, que se implemente una política estatal que haga posible que los jóvenes dispongan de escenarios deportivos, maestros y posibilidades de recreación, que contribuyan a recobrar la función socializadora de la familia y la escuela. Puesto que, cada que se cierra, o se deja de crear un grupo de participación juvenil (grupos artísticos, clubes deportivos, grupos de interés) se está arrojando a los muchachos al mundo de las bandas. *Hay que arrebatarse a esta generación a la ,muerte, ese es el desafío. Nadie se puede negar a entenderlo⁸ y menos los educadores.*

⁸ SALAZAR J, Alonso, Op. Cit. p, 181.